

## ¿UNA BROMA?

*A J.A. por lo mucho compartido*

Suena el teléfono y una voz anuncia una muerte repentina y un sepelio no menos repentino. La noticia corre como la pólvora. Descuidada, entretenida con menesteres de esos de la vida cotidiana, llego a casa de tarde y, entonces, me asalta la noticia como un latigazo.

La perplejidad y el desconcierto se apoderan de mí, antes de que pueda siquiera sentir ningún dolor, ninguna pena.

Amigos y conocidos comunes se ponen a la búsqueda de noticias y no hay respuesta: Sólo la certeza de la muerte.

Mi cerebro se niega a recibir la noticia y hacerla suya como verdadera. Me asaltan los temores de una broma macabra. Alguien quiere jugarle una mala pasada al difunto, al que yo me niego a considerar como tal, o, tal vez, es una humorada del propio interesado que siempre tuvo un sentido del humor muy peculiar.

Luego, pienso que ese tipo de bromas es tan desagradable que no puedo imaginar a ningún enemigo, por feroz que haya sido, capaz de gastar una broma así. Sí me ronda aún la idea de que sea el mismo supuesto difunto el que haya propagado la noticia por el simple gusto de saber a quién le duele su ausencia y a quién no.

Es verdad que la vida, a pesar de no ser cruel por naturaleza, lo ha maltratado múltiples veces. Es verdad también que aquellos que se decían amigos en algún momento, lo burlaron o lo defraudaron, e incluso lo pusieron en situaciones penosas o límite.

Sigo aferrada a la idea de que no ha muerto y está haciendo un experimento mediante el que probar la fidelidad de unos y el grado de afecto de otros.

Pero, esta idea no permanece en mi mente por mucho tiempo. No está muerto. Y sigo buscando explicaciones posibles. Tal vez, hartado de que lo explotaran, le tomaran el pelo, lo engañaran o lo utilizaran de mil y una maneras, ha decidido fingir su muerte y desaparecer para el mundo que él conocía y que le conocía. Fingir estar muerto para que se olviden de ti, puede ser un recurso aceptable. Tan aceptable como el de huir al desierto y no dejar señas.

Cuántas veces, desengañado del trato con los seres humanos, más de uno de nosotros hubiera querido tener la posibilidad de desaparecer. No se trata de una tendencia suicida, en absoluto, sino de una salida en busca de un mundo menos embustero y falaz. Se trata de seguir siendo idealista y hallar al fin un mundo, en donde no se ofenda la inteligencia que se nos ha dado, con las mezquindades y estulticias de la mayoría. En fin, es la muestra de la pérdida de confianza en el género humano y el hartazgo hacia sus miserables ambiciones.

Es un hartazgo que se produce con frecuencia, aunque en un rincón de nuestro cerebro aún sigamos teniendo la certeza de que existe un amplio número de personas valiosas, buenas, decentes, generosas, ecuánimes y sacrificadas. Cuando ese sentimiento de huida nos asalta, tampoco vale la constancia que poseemos de que nadie es malo químicamente puro y que todos adolecemos de manías, defectos o simplemente de algún rasgo demente, que explican nuestras fechorías, aunque no las justifiquen del todo.

Pero, no. Parece que no se trata de una broma. Es una muerte real. La de alguien con quien compartimos muchas palabras, inquietudes, situaciones dolorosas y otras menos. También compartimos espacios, con esa dejadez que provoca la costumbre.

También encuentros a los que la rutina no nos dejó prestar toda la atención que merecían.

Ya he llegado a la fase de las lágrimas. Ya he podido llorar la muerte de este amigo, aún sin creer en ella del todo. Ahora me asaltan la nostalgia, la ausencia, el silencio.

Pero hay ahí en el fondo un sentimiento más doloroso si cabe. Este dolor de la pérdida no puedo transformarlo en consuelo. No puedo salir de mi dolor y acercarme a nadie de los que le amaban, donde quiera que fuera, para decirles: yo también lo siento.

Un duelo es sólo un duelo incompleto, si uno no puede consolar a alguien de quien sospechas que tuviera más derecho a sentirse herido o maltrecho por la pérdida.

Por eso, he sentido la necesidad de lanzar una voz de consuelo al viento. Un aullido de dolor al aire.

Creo saber que en el último tiempo era más feliz de lo que había sido en muchos años. Tal vez, este fuera el momento perfecto para morir y entrar en el olvido de sí mismo, conservando sólo la sonrisa del último día. Pues, aunque ahora era más feliz, tenía todavía la memoria de todos sus sufrimientos. Si la muerte lo ha liberado de ese recuerdo, habrá merecido la pena morir. Si su muerte prematura me parece absurda, este último pensamiento que me asalta, me consuela y por eso, intento con todas mis fuerzas que este consuelo tan leve le llegue a alguien que lo amaba.